

vios fríos, sus secretos policiales, el conocimiento cabal de la debilidad humana, se reserva siempre su hueso. Sus contemporáneos caen y él queda. El jacobino de 1793 es Ministro realista en 1815. Sólo cuando los «ultras» presionan mucho a Luis XVIII; y la nerviosa princesa, hija de Luis XVI, siente horror de saludar como Ministro del Rey cristianísimo, al jacobino que firmó la muerte de su padre, la larga fortuna del viejo e inamovible Fouché termina quebrantándose. Fouché tiene que salir de Francia. Ya es inmensamente rico y si son melancólicos sus últimos días en una provinciana ciudad austriaca, es porque le falta aquello que ha llegado a serle consustancial: el poder. Ese poder obscuro, retorcido y siniestro de un Ministro de Policía. Es decir, no el poder ejercido por sí mismo, sino proyectado sobre los poderosos a quienes les sabe secretos y a quienes aparenta proteger de aquello que también los poderosos sienten: el miedo.

Los riesgos de este extraño juego, la frialdad y objetividad que exige, la absoluta falta de escrúpulos y la rápida decisión aventurera, corresponden a la psicología del hombre moderno, especialmente del hombre del siglo XIX; y el personaje de carne y hueso que fué Fouché se parece a otros personajes de la ficción contemporánea como son los de Balzac o Stendhal. ¿No hay mucho de Julián Sorel en este Ministro de Policía?

En tal sentido la hermosa biografía escrita por Zweig es otro de

los apasionantes estudios suyos sobre el espíritu del hombre europeo en las dos últimas centurias. Así como en sus «*Tres Maestros*» (Balzac, Dickens, Dostoyevski), Zweig fijó la «tipología» del hombre escritor, en Fouché estudia el «hombre político». El paralelo que hace entre Tayllerand y Fouché, como dos arquetipos del diplomático, constituye una admirable lección objetiva. Mucho más escribiríamos sobre este apasionante tema si no nos quedara el escrúpulo de parecer inmorales.

M. P. S.

EL REY BARBA AZUL.—ENRIQUE VIII Y SUS SEIS MUJERES, por *Francis Hackett*.

La psico-análisis puede ser un método de aproximación y más claro entendimiento de los personajes históricos, cuando como en el caso de Enrique VIII el historiador dispone de una amplia documentación y de un personaje de erotismo tan exuberante como el famoso monarca inglés. En realidad, la investigación psico-analítica, ha sido aprovechada en este caso con insuperable maestría y sin caer en ningún momento en lo pedantesco científico.—tan peligroso en manos de un escritor,—por el magnífico autor de biografías que es Francis Hackett. Nos hace entender muy bien Hackett que un alma tan desorbitada por la carne y el mundo y el infierno como la del rubicundo Tudor, no puede entenderse bien con los cánones de nuestra ética actual. En una sociedad como la

nuestra un personaje como Enrique VIII no pasaría de ser un monstruo, digno de señalada atención en las clínicas psiquiátricas o de ciencia sexual; en la aurora del siglo XVI es también un monstruo pero bien ubicado en el medio, en el clima moral y biológico de entonces. Más que un hombre moderno como ya lo eran otros personajes del siglo XVI: los humanistas Tomás Moro y Erasmo, el arzobispo y canciller inglés Woosley, hasta el frío estadista Fernando de Aragón, Enrique es en muchos rasgos de su carácter un personaje medioeval. A todos sus desmanes sexuales, a sus insaciabiles urgencias de macho incontenido, busca una explicación teológica.

Reclama de la mujer—como otros donjuanes—no solo una virginidad biológica sino también metafísica. Ocupa a los teólogos del Reino en estudiar ese problema de la virginidad, antes de materializarse en acción sexual. Cuando ya ha tenido cinco esposas que pagaron con el divorcio o el patíbulo el hecho de haber gozado de tan comprometedor jerarquía, hace promulgar una ley sobre las condiciones morales y biológicas que debe poseer la esposa del Rey. Ella debe ser absolutamente insospechable, tan insospechable que no parezca persona humana. Ya las damas inglesas tiemblan de pavor cuando el Soberano se fija en ellas. La conducta de la esposa del Rey, es el más eficaz procedimiento para hacer política que tienen los cortesanos. Impulsando al Rey para que envíe sus mujeres al patíbulo ascienden

en influencia palaciega personajes como Tomás Cromwell, Norfolk o el Obispo Crammer. Dignos Ministros y funcionarios de tan extraño soberano, Francis Hackett retrata con destreza de gran novelista los rostros de esas amadas del Rey: Catalina de Aragón, la altiva española, que lleva al lecho del Rey sus largas camisas y su recio recato; la bella Ana Bolena que paga su espiritualidad y su gracia adquiridas en la corte de Francia, muriendo en el patíbulo; Juana Seymour, la delicada y suave figura que muere dulcemente y con oportunidad, antes de que el Rey tenga tiempo de aburrirse; la divertida Ana de Cleves, que cuando observa el hastío real accede a un rapidísimo divorcio antes de que llegue el hacha del verdugo; Catalina Howard, una de las mujeres que el Rey amó más y que por eso mismo, como vengando a las otras, le fué realmente infiel, y por último Catalina Parr, abnegada compañera de su vejez, que, sin embargo, estuvo a punto de caer también troncada. Una corte que vive en el sobresalto; un rey, dueño de una naturaleza demasiado abundante, excesivo en la mesa, el amor y los deportes, un rey para quien no parecen regir las reglas, de ética y de sociabilidad de los demás hombres, porque los cortesanos le reconocen su misión divina; una política de delación, sospecha e intriga que hubiera encantado a Maquiavelo, pero a la que se le agrega la rudeza inglesa, este es el cuadro rico en plasticidad y expresivos detalles que reconstruye Fran-

cis Hackett. Como en casi todas las épocas de la historia humana muy poco puede la inteligencia ordenadora contra aquella monstruosa fauna de instintos: en ese mismo tiempo Erasmo recorre la Europa luchando por crear una «razón europea»; se admira su hermosa prosa latina, pero no se le hace caso; Tomás Moro, el que había construido una ciudad ideal, un «Reino de Utopía» donde el porvenir de la Inteligencia pareciera más claro, paga sus escrúpulos, su don de análisis, en el patíbulo. Con soberanos como Enrique VIII no se puede analizar.

Francis Hackett anuncia un nuevo libro sobre Francisco I y Carlos V que integrará con el que comentamos, un animado panorama de la Europa del siglo XVI.—*M. P. S.*

PSICOLOGIA

LA PSICOLOGIA DEL LLANTO, por *Baldwin Schwartz.*

Es un librito de breve formato, con no más de cien páginas de texto. No obstante la vivacidad del análisis y cierta elegancia del discurso, acaba la lectura con una sensación de dificultad y monotonía. Defecto de nuestra disciplina. Nos perturban ciertas insistencias de Schwartz hasta el punto de que quisiéramos borrarle, con todo respeto, algunas. Su tranquila minuciosidad no nos contagia.

Comienza examinando los fenómenos de expresión en general y dejando constancia de su enorme variedad y de la gran amplitud

de la esfera que los abarca. En resumen, expresión es la exteriorización, sumamente peculiar y misteriosa de un interior. Luego alude al problema de si la expresión sirve en algún sentido o no sirve a la comunicación interpersonal. Distingue algunos fenómenos expresivos que se hallan necesariamente ligados a dicha utilidad y otros que no lo están necesariamente. El llanto pertenece al número de los fenómenos de expresión puros, es decir, no ligados a la esfera del contacto interpersonal.

Los fenómenos emocionales—actos de alegría, tristeza, indignación, entusiasmo, desprecio, admiración, ira, ternura, odio, amor, etc., designados tradicionalmente con el nombre de afectos—poseen una relación peculiar con el cuerpo. Su carácter fundamental consiste en que son temas de posición por parte de la persona respecto a los objetos que tiene delante. Para ello, estos objetos necesitan poseer cualidades capaces de afectar al alma de una manera determinada. Ahora bien, el sector entero que comprende los fenómenos emocionales tiene, como es sabido, una múltiple conexión con el fondo fisiológico que suele llamarse esfera vital. Sobre éste la vida emocional ejerce sus determinadas influencias, por ejemplo presión o tensión. Si en este caso lo emocional se intensifica, crece también su efecto sobre la base vital y, por último, surgen manifestaciones fisiológicas acentuadas, palpitaciones, respiración rápida y llanto.

Alguien experimenta intenso pesar